

CAPÍTULO 2

CUENTAS Y CUENTOS: PROBIDAD CONTABLE

JESÚS ALBERTO SUÁREZ PINEDA
Fundación Universitaria San Mateo

CLAUDIA PATRICIA WILCHES CUERVO
IVÁN JESÚS CASTILLO CAICEDO
Contaduría General de la Nación

La regla de nuestras acciones debe ser la probidad.
PASCAL

Introducción

La probidad es el fundamento de toda práctica social. Se dice que quien practica la probidad ajusta su comportamiento a la ley y a la norma moral, especialmente en lo relativo a la verdad y al respeto de los bienes públicos y privados. Sin embargo, cuando decimos que la probidad es la cualidad de probo, íntegro u honrado, esto va más allá del mero respeto a la ley, pues no hay cosa más difícil al hombre que ser fiel a los ideales de la probidad.



Probidad contable

Una persona prueba en virtud de su honradez es alguien que no tiene que temer nada de la policía. Muchos códigos de ética profesional comienzan con

el principio: «No hagas daño». Este principio nos hace pensar, por ejemplo, que está mal trabajar para una empresa que hace daño a las personas y al ecosistema, así como está mal participar en actividades financieras fraudulentas o que favorecen a algunas personas, en detrimento del bien común. Una persona proba asume por cierto este punto de vista al margen de toda duda, sobre todo cuando se esfuerza por hacer el máximo bien con efectividad, siendo fiel al ideal de que en el mundo haya menos sufrimiento y más felicidad, en igualdad de condiciones. *La probidad es más fiel que los juramentos*, dice Solón. La probidad se alimenta del altruismo y la prudencia para hacer el máximo bien que uno pueda hacer. En eso consiste precisamente la prestancia moral con que se miden los actos de servicio de un individuo honrado, altruista a más de probó.

Para la práctica contable en particular, la probidad y la prudencia son cruciales en virtud del gran impacto que tiene el ejercicio profesional de la contaduría pública en la rendición de cuentas de la riqueza y de los hechos patrimoniales de las organizaciones. Solo es posible hacer el inventario de los errores y señalar las causas y las consecuencias con la probidad de los que son prudentes.

Cuando la riqueza proviene de la práctica de la virtud es posible construir sentidos de probidad contable. Se deben contar la prudencia y la probidad entre los instrumentos políticos de gobernar. La existencia, el ser, es una propiedad del objeto, como lo sostiene Markus Gabriel (2017), en la ontología realista de su libro *Sentido y existencia*. Según él, existir significa aparecer en una pluralidad de campos de sentido. La realidad de la representación contable está en función del sentido de la probidad y la prudencia.

Cuando una persona hace trampa elige un modelo en que el hombre sea tramposo. Es una decisión que solo le compete a ella. En consecuencia, es consciente de su acto doloso y manipula la realidad en donde las cosas parecen, mas no son, para beneficio propio. Sabe que la trampa afecta a los otros, y por ello trata de eludir su responsabilidad.



La prudencia ética prescribe sobre cómo obrar de la mejor manera, para juzgar de lo que es bueno y garantizar el bien común. Ahora bien, pese a que los debates éticos están a la orden del día, ¿de qué hablamos realmente cuando hablamos de probidad? La probidad no es otra cosa que la mejor guía del individuo para obrar bien, en aquellos ámbitos donde las normas y las reglas de comportamiento deben forjarse mediante una reflexión de tipo colectivo.

Por ello la prudencia nos guía a obrar bien, con probidad, y nos invita a reflexionar acerca de lo que está pendiente de elaboración, en el terreno moral y por supuesto contable, por lo que atañe a la literatura y la sabiduría popular, al igual que la probidad ética que emana de la doctrina de las obras especializadas en el campo contable. En este sentido, la probidad contable es el nombre que recibe la conducta moral que se está forjando, en temas de convivencia que suscitan preocupación en el ejercicio profesional de la contaduría pública.

Existir en una vida virtuosa significa aparecer en campos de sentido que dan vitalidad al amor y al altruismo. Una vida virtuosa es un diamante: su acendrada transparencia se forja con el tiempo. El diamante primero fue carbón en las entrañas de la tierra; no se deja rayar de otros minerales por su dureza, la máxima en la escala de Mohs. Así como el valor de un diamante no se tasa a bulto sino por su mayor fineza, de esta manera la vida no se ha de estimar por el monto de largos años, sino por la buena ocupación y el buen obrar.

En la concreta situación del hombre de hoy, la inteligencia no debe medirse solo en función de cómo resolvemos problemas con la razón, sino también de su capacidad de compartir y abrir caminos de servicio en su mundo y en el mundo de todos los hombres. El altruismo debe ser la facultad más cultivada por el hombre, más allá de la razón con que los hombres y las mujeres pronuncian sus verdades y exaltan sus ideales, para fijarse en otros signos de la calidad de vida que se vive. Se precisa entonces que el amor sobrepase su actual ámbito antropocéntrico y propenda a restablecer el equilibrio que impone la vida en el ecosistema, en el marco de lo histórico, lo estético y lo simbólico.

No hay cosa más codiciada para el hombre que el vivir ni cosa más valiosa que el obrar bien, en medio de su misma codicia y contradicción de sus deseos. Con razón Mahatma Gandhi afirma que «la tierra proporciona lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada hombre, pero no la codicia de cada hombre». Qué mejor invitación a hacer tomar conciencia a los gobiernos de la importancia de la responsabilidad medioambiental y de obrar con sensatez en cuanto a la formulación de una política pública que propenda a la defensa y protección del bien común; pero también para que las personas hagan de la virtud el tema central de la ocupación de la vida, en el arte de contar con probidad las cosas virtuosas, y en materia de cuentas de la más diversa índole moral.

En ello radica la enseñanza de un libro maravilloso del Siglo de Oro español, *Obras y días*, escrito por el humanista español Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658). En el capítulo primero, el autor tiene solo por bien las cosas

virtuosas, solo por mal los afectos y pasiones torpes y viciosos, contando entre los bienes la buena ocupación que llenan muchos tiempos de los hombres, como contando uno los días que se ocupó en tal y tal cosa que dan sentido a la custodia de la probidad intelectual, después de haberse convertido ella en un estilo de vida. Escuchamos a Mariana diciendo (1664, f. 1, r., las cursivas son nuestras): «no entra en *la cuenta de la vida* el día que no *se tiene cuenta con la virtud*». O esto otro: «hasta los que con yerro *cuentan la vida*, no *hacen su cómputo* desde que nacieron, hasta su fallecimiento, sino por el tiempo que pensaron la empleaban y gozaban». Estos dos pasajes ponen en cierto número, o en la opinión que corresponde, lo estético y lo simbólico de la virtud.

Por lo que toca a lo histórico, sigue la opinión de varios autores de la Antigüedad que hablan de Epiménides de Creta, un filósofo y poeta griego que vivió en el siglo VI a. C. de quien se dice, según refiere Diógenes Laercio (2008), que envejeció en tantos días cuantos años había dormido en una cueva (p. 87). Esto cuenta también el padre Nieremberg: «Tampoco Epiménides *metió en cuenta* de su vida más de cincuenta años que no *veló*».

Entre los bienes indiferentes cuenta el poder, la nobleza y las otras cosas que no dependen de la voluntad, y esto dio a entender cuando cuenta la historia del faraón Micerino que reinó con rectitud en Egipto. Sin embargo, apenas subió al trono, el oráculo le pronosticó que solo le quedaba por vivir seis años y al séptimo moriría. Entonces ordenó colocar muchas lámparas, que encendía por la noche, entregándose sin cesar a los placeres, durmiendo lo menos que pudo, como si buscara igualar y trabar en una misma tela días y noches. Así creyó que desmentía o se escapaba de la amenaza del oráculo, pues su arbitrio quiso que fueran doce al convertir las noches en días (Heródoto, 2008, pp. 423-424).

El argumento de los pasajes citados estriba en que no es lo mismo vivir que durar: más dura un mármol y no vive; obrar bien es el vivir una vida plena, porque las obras más proporcionadas a la razón son las virtuosas. Del mismo modo, las acciones de vida más virtuosas son las más valiosas. La virtud no depende del sacrificio sino del obrar bien, con buena conciencia. Aunque hiciéramos una estadística de las personas que se cuentan en el número de las virtuosas, y resultara que habían sido más las desdichadas que las afortunadas, esto no probaría que la condición esencial del virtuoso era la desdicha. Cuéntese a una persona por virtuosa, y hágase de ella todas las experiencias de probidad y prudencia que más se tenga a bien tomar, y se tendrá un placer que se mantiene, sin embargo, oculto, que puede aflorar precisamente entre los más nobles de un pueblo.

Sin la práctica de la probidad y de la prudencia, un individuo puede ser contado con los inicuos. Y así mismo, esto aplica para la condición humana: sin la virtud el hombre más se puede contar por bestia que por hombre.

Contabilidad, una ciencia prudencial

En el *Tesoro de la lengua castellana o española*¹ de Sebastián de Covarrubias, el distinguido lexicógrafo español del Siglo de Oro define *cuenta* como «la razón de cada cosa». No es sorprendente que remita su significado a un contexto contable, pues desde un principio queda clara la estrecha relación entre *cuenta* y *razón*, es decir, «lo que se requiere en toda cosa» (1943, p. 352). Esto lo ejemplifica con un refrán de la época: «haya buena cuenta, y plata no perezca». Es decir, si hay cuentas claras, el dinero no se pierde. El contador debe ser un custodio de las cuentas como garante de la fe pública. Además, ha de cuidarse de no ser negligente. La prudencia y el buen gobierno de las cuentas han de ser el designio de toda actividad contable en que se dé cuenta y razón. En el proceso contable no debe haber cabida a la cuenta errada, «que no valga, que los juristas llaman *error calculi*» (p. 352), porque, como dice Montaigne (2009): «a grandes males, grandes remedios» (p. 506). Esto es, en palabras de Covarrubias: «A esa cuenta, vale ese modo de proceder» (1943, p. 352).



Así pues, en el Siglo de Oro español, la probidad contable era una virtud esencial de quien se dice *contador*, un «ministro real» a quien, según nos informa Covarrubias en la primera entrada para «contador» (p. 351), es un «maestre racional». La dignidad que ostentaba este funcionario público se tomó de aquella antigua de los romanos, *magister equitum*, los maestros en las órdenes de caballería, de modo que «ser contador» implica antes que nada «ser un cumplido caballero». Al contador —argumenta nuestro lexicógrafo— llaman los latinos *rationalis* ‘maestre que da cuenta y razón’, porque se encargaba de las cuentas (*a rationibus*). *Ratio* es el término técnico en latín para «cuenta, cálculo».

Covarrubias exige en su *Tesoro* que los que vayan a consagrarse al oficio de contador sean «concertadores». En su imaginación filológica se le antoja

1 La edición príncipe de este diccionario se publicó en Madrid, en 1611. Nuestras citas del *Tesoro* son de la edición de Martín de Riquer (Covarrubias, 1943). Sin embargo, hemos modernizado el español antiguo de la edición crítica.

que la palabra *contador* se dijo del nombre *concertador*, por contracción (figura que los gramáticos llaman *síncopa*), aduciendo que el cargo de contador se encontraba en muchos privilegios antiguos de reyes, cuyas credenciales decían haber sido libradas de sus concertadores y escribanos mayores de sus privilegios. Sin embargo, es consciente de que otros tienen por cierto que *contador* viene de *contar*, lo cual aclara en la segunda entrada que en su diccionario destinó para contador (p. 351), especialmente por lo que se refiere a su función de dar cuenta y razón de los negocios del Estado como escribano o contador mayor en los concejos de contaduría, tribunales de cuenta y demás oficinas de Hacienda Pública, donde abunda por doquier los escritorios que por sinécdoque también se llamaban contadores, provistos de sus gavetas para poner papeles que contenían las cuentas de los maestros *calculadores* o *contadores*, conocidos también como maestros *computadores*, funcionarios respetables que, bien guarecidos de capas y bolsas llenas de monedas de vellón —que en lo antiguo se llamaban también contadores—, se hacían acompañar de sus dependientes. Por lo demás, aquí no acaba la polisemia de la palabra *contador* que también designó los aposentos donde se llevaban las cuentas al igual que los cajones de los escritorios que las contenían en sus respectivos legajos. Finalmente, dice que no es muy usada la acepción de contador, en el sentido de ‘el que cuenta nuevas y es hablador’.

En 1494, un matemático aristotélico como el hermano franciscano Luca Pacioli (1994a, 1994b), en su tratado *De computis et scripturis* (‘De las cuentas y las escrituras’) aduce que tres son las cosas necesarias para ser un buen mercader: a) dinero en efectivo (*pecunia numerata*) o cualquier otro bien patrimonial reducible a dinero (*facultà substantiale*); b) ser un buen contador (*buon ragioniere*) y rápido calculista (*prompto computista*), y c) registrar y anotar todos los negocios de manera ordenada (1994a, pp. 149-151; 1994b, pp. 57-58). Un buen balance libra al mercader de un percañe.

Además de la crematística, propia de la primera cosa, en la que «Poderoso caballero es don Dinero», según reza la letrilla satírica compuesta en 1603 por el poeta español Francisco de Quevedo (1999), Pacioli cita a Aristóteles en latín, desde un punto de vista contable: *Iuxta illud phy [phylosophum]: «unum aliquid necessarium est substantia»* (ya lo dijo el Filósofo: «solo una cosa es necesaria: la sustancia», es decir, el patrimonio)².

2 Así traduce este pasaje Esteban Hernández Esteve, y explica (Pacioli, 1994a, p. 50, n. 6), en su excelente traducción española del tratado de Pacioli: la abreviatura *Phy*, en efecto, se refiere al Filósofo, es decir, a Aristóteles; también argumenta que la palabra latina *substantia*, traducción del vocablo griego *ousía*, empleado por Aristóteles, designa lo esencial, o sea, lo



Luego de abordar la principal de las tres cosas, Pacioli aborda la *seconda cosa* que debe advertir el verdadero comerciante: ser un *buon ragioniere e prompto computista*. Esta expresión puede interpretarse de dos maneras. Por una parte, que el comerciante debe ser un buen ‘calculista’ o ‘experto en cálculo’, es decir, saber hacer las cuentas con rapidez como los antiguos *computistas*; por otra, ser un buen contador: esto es exactamente a lo que se refiere la «*terza cosa*», toda vez que la contabilidad (*ragioneria*) se relaciona precisamente con ese saber práctico que el comerciante debe conocer para llevar con orden las cuentas, según el dictamen del adagio latino que Pacioli cita como principio del arte de llevar las cuentas: *ubi non est ordo ibi est confusio*, ‘donde no hay orden, allí todo es confusión’.

En tiempos de Pacioli, los mercaderes de Venecia del siglo XV eran grandes computistas y calculadores. Para él el ser *buon ragioniere*, buen contador, era necesario en lo tocante a los mercaderes que aspiraban a medrar en sus negocios del mundo mediterráneo. Desde entonces, la técnica de las cuentas se conoce como *ragioneria*.

Racionalidad y contabilidad se conjugan en el arte de llevar las cuentas y adquieren una nueva dinámica, tras la caída del imperio árabe en 1492 en España por los Reyes Católicos. La contabilidad empieza a diferenciarse del arte del cálculo de la ciencia matemática árabe del siglo XI. Para un relato más completo del uso de «*ragione*»³ en las cuentas y correspondencia comercial italianas, véase el libro de Florence Edler *Glossary of Medieval Terms of Business, Italian Series, 1200-1600* (Edler, 1934, pp. 82, 236-237). Esta autora ofrece una lista de mercaderes italianos y un selecto vocabulario comercial de la Edad Media en Italia, para los ramos de lana, seda, transporte, entre otras. La perspicacia filológica con que ella aborda estos temas la han hecho cada vez más objeto de reconocimiento, especialmente por los amplios pasajes ilustrativos con que fundamenta sus tesis, en las tradiciones de los estudios medievales.

que permanece en las cosas que cambian, que, en un contexto contable equivale a «patrimonio», que en griego moderno se dice *periousia*. Este significado se conserva en el alemán de la jerga financiera, por ejemplo, en la expresión: *von der Substanz zehren* («vivir del capital» o «comerse el capital»), en que *Substanz* quiere decir capital real o efectivo.

3 En la banca de la familia Medici durante el siglo XV, en Italia, la palabra *ragione* se refería a una ‘entidad jurídica independiente’, es decir, cada una de las sucursales de establecimientos comerciales, con su propio estilo, su propio capital, sus propios libros de contabilidad y su propia gestión. Esto se debe a que el Banco Medici (1397-1494) no formaba una sola unidad administrativa sino un grupo de alianzas controladas por una casa matriz que incluían como socios a los Medici y uno o dos socios externos (De Roover, 1963, p. 78).

El *ragioniere* o *computista* podía referirse a la persona que sabía computar o calcular, vale decir, un experto en *computisteria* ‘cálculo mercantil’. Tal parece ser la correcta interpretación de *computista* ‘experto calculador’ que se deriva del contexto de la consabida cita en italiano de Pacioli, cuyas reglas de aritmética ya han dejado bien esclarecidas en la parte precedente de su *Summa* una enciclopedia de aritmética que ahora tiene que vérselas con un tratado particular de las cuentas y las escrituras, para uso de los mercaderes de Venecia. Sin embargo, a juzgar por lo que sigue del tratado *De computis et scripturis*, la expresión «*ragionieri e prompto computista*» cobra aquí un cariz especial: que el contador debe dominar muy bien la aritmética, vale decir, la aritmética y la contabilidad son diferentes. El contador responde ahora al ideal del *mercante perfetto* que 131 años antes que Pacioli preconizó Benedetto Cotrugli, en el sentido de ser una *persona de honor*.

En la literatura contable sajona del siglo XVIII, se destaca la obra de Roger North (1653-1734), uno de los primeros autores ingleses en abordar la contabilidad por partida doble. Él insiste en que la aritmética y la contabilidad no se deben confundir una con otra y separa las funciones de contador y de comerciante (North, 1714, p. 211). De los cálculos aritméticos parece ocuparse el «*accountable*», el contable, un empleado contratado por el «*accountant*», el contador, es decir, persona de honor, cargo o título honorífico.

En el *Diccionario de la lengua inglesa* de Samuel Johnson, se distingue entre «contador» y «contable»; se definen como:

- «*Accou'ntant. n.s. [See Accountant.] A computer; a man skilled or employed in accounts.*» (Contador. *m* y *f*. [véase «Contable»]. Persona que computa o calcula; experto en cuentas o empleado contratado para llevarlas (Johnson, 1755, vol. 1, p. 72).
- «*Acco'mptant. n.s. [accountant, Fr.] A reckoner, computer. See Accountant.*» (Contable *m* y *f*. [Fr.] Que tiene a su cargo los libros de cuentas; que tiene conocimientos de contabilidad. Véase *Contador* (Johnson, 1755, vol. 1, p. 1652).

De las dos entradas anteriores puede inferirse que las palabras inglesas *accountant* y *accountable* son de origen francés, como puede constatarse en los vocablos del inglés antiguo *accountant* (del fr. *Accountant*), contador y *accountpt* (del fr. *compter*, contar, antiguamente *accompter*, contar). Es decir, el contador no lleva los libros de contabilidad —tarea que se confía al contable, que, por lo general, es contratado como tenedor de libros o auxiliar contable—. Así, es labor del contador analizar y juzgar las cuentas con probidad.

En la compilación y traducción de usos, costumbres y definiciones de las palabras que conforman el *Diccionario* de Samuel Johnson que hiciera Gonzalo Torné (2019), se encuentra esta definición para *contable*: «responsable de repasar las cuentas con el propósito de descubrir fraudes» (p. 136).

Esto mismo lo pone de relieve el lexicógrafo inglés, a propósito de la entrada «*computer*», que registra la antigua acepción de «maestre computador», hoy en desuso en ambas lenguas, con las acepciones actuales de contador y tenedor de libros, las dos personas que tienen a su cargo los libros de contabilidad: las dos debían tener la capacidad de ser expertos en cuentas («*computer*», en inglés, y «contable», en español), es decir, lo que implica que en la elaboración de los libros de contabilidad las cuentas deben ser correctas y verdaderas.

El buen contable, en su calidad de cumplido caballero, ha de obrar bien, en materia de probidad contable, como lo sugiere el siguiente pasaje, tomado del escrito *La conducta de los aliados*, de Jonathan Swift (1999), el inmortal autor de *Los viajes de Gulliver*:

«*Compu'ter. n.s. (from compute) Reckoner; accountant; calculator.*»

'I have known some people such ill *computers*, a to imagine the many millions in stocks are so much real wealth in the nation' Swift [*The conduct of the allies*].

A continuación, presentamos nuestra propia versión al español, pues la gran mayoría de los traductores interpretan, de manera inapropiada, *computer* por *economista*, pues el autor se refiere aquí a *contable*, en su doble acepción de contador o tenedor de libros:

Contable *m y f.* (de contar o calcular) [maestre contable, hoy en desuso]. Que tiene a su cargo los libros de cuentas; contador; tenedor de libros.

'He conocido algunos individuos tan malos contables que imaginan que los muchos millones que tienen en acciones y anualidades son otro tanto de millones de riqueza real para la nación' Swift [*La conducta de los aliados*; *cf.* 1999, p. 641]. (Johnson, 1755, vol. 1, p. 433).



El contar del contador es moral. Ha de evitar el fraude. En inglés, la palabra *accountable*, cuando se emplea como adjetivo, alude a ser responsable ante alguien o por algo, lo que implica ser digno de confianza por su calidad de experto. En este orden de ideas, el sustantivo abstracto *accountability* puede traducirse como «responsabilidad social» o, con más propiedad, como «rendición de cuentas», siendo este vocablo una aportación

del vocabulario contable al campo léxico de los estudios sociales y políticos, pues hoy la rendición de cuentas no es exclusiva del contador.

Cabe destacar que Roger North, en su calidad de cumplido caballero inglés, firma así la edición príncipe de su *The Gentleman Accomptant* ('El contador honorable'): «*Done by a person of honour*» ('Escrito por una persona de honor'). El libro fue publicado en Londres en 1714, con un epígrafe que alude al código de honor que ha de seguir todo contador, en razón de su cargo y dignidad: «*Do well unto thyself, and men will speak well of thee*» ('Actúa correctamente, cumpliendo tu deber, y merecerás el respeto y la estima de los demás').

He aquí las bases de la confianza pública de todo contador, como honorable funcionario que cumple honestamente sus obligaciones inherentes a la fe pública, con respecto a los hechos patrimoniales que atesta. Tal es el sentido del extenso título de la obra: *The Gentleman Accomptant: Or, an Essay to unfold the Mystery of Accompts. By Way of Debtor and Creditor, Commonly called Merchants Accompts, and Applying the Same to the Concerns of the Nobility and Gentry of England*. ('El contador honorable, o ensayo para dilucidar el misterio de las cuentas, por el sistema de débito y crédito, comúnmente conocido como cuentas de mercaderes por partida doble, y con aplicación del mismo método, para uso de la nobleza y alta burguesía de Inglaterra'). Acto seguido, la portada explicita el contenido de la obra: *Shewing, I. The great Advantage of Gentlemen's keeping their own Accompts; with Directions to Performs of Quality and Fortune. II. The Ruin that attends Men of Estates, by Neglect of Accompts. III. The usefulness of the Knowledge of Accompts, to such as are any way employed in the Publick Affairs of the Nation. IV. Of Banks, Stocks, &c. with a Detection of the Frauds of Srock-Jobbing. V. A short and easy Vocabulary of certain Words, that in the Language of Accompting take a particular Meaning* ('La obra contiene: 1] la gran conveniencia de que los cumplidos caballeros se encarguen de llevar sus propias cuentas, siguiendo pautas de calidad y prevención de riesgos; 2] la ruina que provoca la decadencia de hombres de Estado por negligencia de las cuentas; 3] utilidad del conocimiento de las cuentas, por cuanto son de gran uso en los asuntos públicos de la nación; 4] de los bancos, acciones, etcétera, con un sistema para detectar fraudes laborales en el trabajo; 5] un breve vocabulario de fácil consulta de ciertas palabras, que en el lenguaje contable tienen un significado particular).

La acción estratégico-política de la probidad contable

La acción estratégico-política de la probidad contable se encuentra en un *nivel* en el que la facticidad ética es estrictamente *contingente* (Dussel, 2009a, p. 107). Aquí ascenderemos al nivel de la facticidad política, en que la sincronicidad (capítulo 7) desempeña un papel importante (figura 2.1), por cuanto realiza el principio ético de factibilidad en los compromisos ontológicos que se asumen para la protección del interés público.

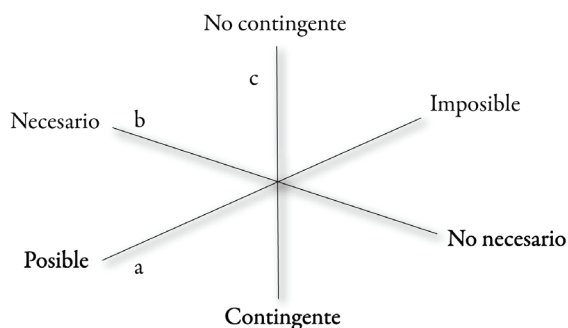


Figura 2.1. Factibilidad político-contingente: oposiciones conceptuales.
Fuente: Dussel (2009a, p. 107).

La facticidad contingente nos enseña que trabajar desde la certeza es poco útil para generar conocimiento nuevo. En el mundo de lo contingente, hay que dudar de toda certeza, hay que dudar de todo. Siempre surgirán nuevos interrogantes que no sabremos cómo responder. En cambio, trabajar desde la incertidumbre nos lleva a ser prudentes para aprender un poco más en medio de nuestras dudas e ignorancia. En este trabajo aplicamos las ideas de sincronicidad y de factibilidad político-contingente con respecto a la reconstrucción de la contabilidad amerindia en contexto, sopesando distintas oposiciones conceptuales de facticidad de la información arqueológica. Por contexto se entiende el marco general desde el cual se puede estudiar una sociedad según su propia especificidad, a partir de su complejidad. Sin embargo, el reto de interpretación es enorme.



Consideramos que la mejor manera de abordar los temas es desde la transdisciplinariedad de los más diversos campos del conocimiento con los que interactúan los sociólogos, politólogos, economistas, contadores, antropólogos, historiadores, filósofos, filólogos, entre otros. Las discusiones sobre un

problema pueden abordarse desde ópticas diferentes. Cuando se interpreta el pasado de la contabilidad amerindia, el paradigma de la transdisciplinariedad no es nada fácil, pero sí fascinante. Nunca podremos liberarnos de nuestros prejuicios y hay muchas cosas que no comprendemos bien.

El nivel de la facticidad ética es propicio para educar en la práctica de una ciudadanía responsable en la actual época de la globalización. La factibilidad se inscribe en una ética de la vida (Dussel, 2009b, p. 235).

En el nivel de la facticidad política, la jerarquía y el poder están presentes en cualquier sociedad. Sin embargo, se traducen de formas muy distintas según las particularidades de las jerarquizaciones sociales. En algunos contextos, el poder se traduce en control económico. En otros, en la formación de grupos sociales con intereses antagónicos.

El poder político se concibe a menudo como la capacidad para obligar o persuadir a la gente a que actúe de cierto modo. ¿Se trata acaso de un poder para beneficiar a unos pocos o de un poder en beneficio de la sociedad? Esta pregunta también puede conducir a la búsqueda de un equilibrio entre estas dos tendencias que se integran en las prácticas sociales e incluso se pueden traducir en diversas formas de control social, mediante constreñimientos éticos, coacción legal, o también por medio del consenso, dependiendo de las *ideologías* o «distintas maneras de ver el mundo» en los conflictos de visiones de los agentes sociales (Langebaek, 2019, pp. 27-28), que podrían estar al beneficio de las élites que detentan el poder político y económico o encaminadas a cambiar la conducta de las personas, entre un sinnúmero de variables.

En medio de la crisis permanente o la pobreza de las naciones, en el umbral del tercer milenio de nuestra era, la práctica de la probidad contable, en materia económica y financiera, es el camino más seguro para la buena administración y consolidación de leyes orgánicas de contabilidad que propendan a la custodia de la Hacienda Pública, o conjunto de bienes y rentas del Estado. Esto constituye un gran reto para Colombia. En el nacimiento del país, el prócer Antonio Nariño criticó con vehemencia el sistema tributario establecido por la Real Hacienda, impuesto en el virreinato de la Nueva Granada. Después de la Batalla de Boyacá, el Libertador Simón Bolívar firmó el primer decreto fiscal, el 17 de agosto de 1819, con gran impacto en la Hacienda y el Tesoro Público de la naciente República, al imponer que todas las propiedades de «los opresores y fugitivos» del sistema político anterior pasaran a ser confiscadas y engrosaran la Hacienda Pública, es decir, el conjunto de bienes y rentas del Estado. Poco después vino la desamortización de los bienes de manos muertas de la Iglesia, y le fueron expropiadas todas las propiedades de los jesuitas cuando fueron expulsados por el general Tomás Cipriano de Mosquera.

Nos ha sido difícil aprender del pasado. Y muchas veces hemos repetido los mismos errores. La probidad contable debe replantearse ante las actuales crisis económicas financieras, sociales y ambientales, y la creciente pobreza de los países emergentes.

Referencias

- Covarrubias, S. (1943). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: S. A. Horta de Impresiones y Ediciones.
- De Roover, R. (1963). *The rise and decline of the Medici Bank, 1397-1494*. Cambridge-Massachusetts-Londres: Harvard University Press.
- Diógenes Laercio (2008). *Vidas de los filósofos ilustres*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dussel, E. (2009a). *Política de la liberación. Arquitectónica*. Vol. 2. Madrid: Editorial Trotta.
- Dussel, E. (2009b). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid: Editorial Trotta.
- Edler, F. (1934). *Glossary of medieval terms of business, Italian series 1200-1600*. Cambridge-Massachusetts: Mediaeval Academy of America.
- Gabriel, M. (2017). *Sentido y existencia. Una ontología realista*. Barcelona: Herder.
- Heródoto. (2008). *Historia. Libro II, Euterpe*. T. 1 (pp. 271-474). Madrid: Editorial Gredos.
- Johnson, S. (1755). *A dictionary of the English language*. vol. 2. Recuperado de <https://johnsonsdictionaryonline.com/page-view/>
- Langebaek, C. H. (2019). *Los muiscas. La historia milenaria de un pueblo chibcha*. Bogotá: Debate.
- Montaigne, M. (2009). *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*. Barcelona: Acantilado.
- Nieremberg, J. E. (1664). *Obras y días. (Manual de señores y príncipes en que se propone la práctica de todas las virtudes)*. *Obras filosóficas del padre Juan Eusebio de Nieremberg*. T. 3 (fols. 1-73). Madrid: Imprenta Real.
- North, R. (1714). *The gentleman accomptant: or, an essay to unfold the mystery of accompts. By way of debtor and creditor, commonly called merchants accompts, and applying the same to the concerns of the nobility and gentry of England*. Londres: E. Curll.

- Pacioli, L. (1494/1994a). *De las cuentas y las escrituras*. Título IX, tratado XI de *Summa de arithmetica, geometria, proportioni et proportionalita*. Madrid: Asociación Española de Contabilidad.
- Pacioli, L. (1494/1994b). *Tratato di partita doppia*. Venecia: Albrizzi Editore.
- Quevedo, F. d. (1999). Poderoso caballero es don Dinero. *Poesía completa* (pp. 674-676). Bogotá: Planeta.
- Swift, J. (1999). La conducta de los aliados. *Obras selectas* (pp. 561-647). Madrid: Espasa.
- Torné, G. (2019). *El Diccionario de Samuel Johnson. Usos, costumbres y definiciones de las palabras que conforman la lengua inglesa*. Barcelona: Debate.